

## Homenaje del indio

= Envío de Rómulo Betancourt =

Sangre en sangres dispersa,  
almagre oscuro y fuerte,  
estirpe jirajara,  
cacique Totonó;  
baile de piaches, rezo de quenás.  
Un indio Tacuyo  
yo.

Meseta altiva y brava  
que abre su arcada a los llanos  
y sus patios a la luna;  
patíbulo de Carvajal,  
espinas de cardonales,  
polvo y sol.

Altiplano tocuyano  
que nutre su carne en jugos  
blancos de cañamelar  
y los hace sangre roja  
—en la flor del cafetal;  
bueno y santo por la madre  
y porque se enlaza hermano  
del de la selva en Oriente  
y del de la sierra al Sur.

Yo llegué de ese altiplano  
a avivarme en mis hermanos  
los de la Universidad,  
—savia en afanes quemada,  
delirio de roble erguido,—  
y a rendirte mi homenaje  
de indio triste,  
Majestad.

Fracasa entre mi canto y mi altivez indígena  
la intención en hinojos.  
Humo leve de inciensos,  
como el que ardió en las aras de Tenochtitlán,  
quemó en mi corazón,  
y humillo el desgredado orgullo de los vientos  
con aguas de remansos,  
cenizas de volcanes  
y cánticos de amor.

—Así en la tierra antigua donde voló el faisán  
usaba la liturgia de la proclamación.—

Los miles de estudiantes  
—cada estudiane, Reina,  
es un mundo en promesa y un trajín de tormentas,—  
han abierto hoy sus pechos sobre más infinitos,  
al ver que oraculiza en tus manos llaneras  
el tripartido escudo de su Federación.  
Mañana, anhelo, pueblo. Mirandinos colores de la emancipación!

Beatriz del estudiante,  
cetro de rebeldías,  
corona de futuros;  
bajo el palio de auroras de vuestro trono eres  
la juvenil canción de amanecer.

El ensueño durmiente al amparo del alma  
jubilosa y dinámica de la Federación,  
hecho viva esperanza  
en tu luz de mujer.  
Y digan con mis voces palabras de tus súbditos  
la ternura sagrada que hará de vuestro ocaso  
que es tu rainado, Reina, el único que no hace

cesarismo anacrónico  
en esta nutridora selva de Guaicaipuro,  
de Mara y Yaracuy,  
y del equino trueno  
de los cien mil corceles,  
sobre el que galoparon  
libertadas naciones.

Fugitivo perfil de la garza morena.  
¡Oh! ¡perfume caliente de mazorcas tempranas!  
Durazno de oro en rama;  
cosa dulce y romántica cuando se dice "amada":  
ternura inacabable de la venezolana;  
orgullo de nosotros.  
Reina en cuya belleza  
riman nobles y claras mis palabras agrestes,  
divinizo tu boca  
tan ingenua y traviesa,  
diciendo la dulzura que le oí yo ayer.

"Cuando yo sea abuelita  
luciré mis trofeos y le diré a mis nietos  
que fui Reina una vez".  
Nuncio cándido y bello que sube a vuestros labios  
la ternura sagrada que hará de vuestro ocaso  
epílogo adorable de cuento de Perrault!

Os verán esos nietos luciendo edades regias  
y sonreirán con vos.

El mejor cortesano,  
—tendrá una voz mimada de Delfín—  
solemne afirmará:

—Abuelita: Santa Ysabel de Portugal,  
que convertía en rosas el pan de su bondad,  
una noche de Reyes se entretuvo en decirme  
que tú eras heredera de su linaje real.  
Abuelita: desde aquel día te he visto  
de Reina el corazón.—

Oyéndole, el más pícaro de ellos  
vencerá en pugilato:

—¿Desde aquel día? ¡Si ella nació con él!  
¡Santa Ysabel tenía muchísima razón!

Y ahora Majestad,  
con el sollozo esclavo de un jazcaney rendido,  
el súbdito presenta su demanda ante Vos.  
Descarnado de insomnios se consume mi rostro  
y los tiempos incrustan sus cauces en mis sienes.  
Retornan a romper las abras de los montes  
baladros caqueitias.  
Se desatan los ecos de vencidos lamentos  
y corren sobre el área salvaje de los llanos,  
o se extinguen muriendo  
los senos intactos de un Pacaraima hermético.

¡Me han quitado mi novia!  
La novia que me quiso: ¡mi novia enamorada!  
Palabras que se dicen con la pena infinita  
de quien ya no podrá volverlas a cambiar . . . . .

Qué bien decirte Tú,  
como a novia, Reina.  
En ti la miro a ella  
y al mirarte me acuerdo . . . . .  
Era de sol su carne y de un frágil metal.  
El eco de sus voces era de acero azul.  
Estaba hecha de altura. A ti se parecía.